

4. Cómo ser un gilipollas y vivir para contarlo
La casa por el tejado – Fito y Fitipaldis

¿En qué cojones estaba pensando? No debí haberla escrito. Mucho menos llamarla. Pero lo hice. Mis dedos actuaron antes de que mi cabeza pudiera oponerse. No sabía que me había pasado. La poca cordura que me quedaba se había esfumado como por arte de magia. Una maldita magia que me mantenía enganchado a pesar del tiempo, de la distancia y de los inútiles intentos de alejar a Mery de mi lado.

Le faltó mandarme a la mierda. Y no podía culparla. Hubiese sido mejor que la indiferencia que noté en su voz. No había enfado, pero ese desdén era mucho peor. Una calma disfrazada de bofetada figurada que, seguramente, merecía.

No pude culpar a nadie más que a mí mismo. Había vuelto a ser el *cabrón* que se esperaba de mí. ¿Qué creía que iba a conseguir? Mery no olvida, no perdona y, mucho menos, acataría alguna de mis sugerencias. Al menos no sin pelear. Iba a ir a la cena. Ya no solo por la nostalgia que nos invadía a todos. Era el placer de retarme una última vez.

Ese halo de esperanza me invadió una milésima de segundo. Muy en el fondo quería seguir creyendo que Mery vivía por y para verme rendido a sus pies. Un intento desesperado de seguir negándome la realidad: *ya no quedaba nada entre ella y yo*. Y se lo había vuelto a dejar claro. Una mentira más que añadir al manual ***Cómo ser un gilipollas y vivir para contarlo***.

Me pasé el resto de la mañana dándole vueltas a la conversación. Todo sonaba a excusa barata. Mery llevaba razón: daba pena. Y como el niño asustado que era, llamé a Natalia. Ella era la única persona en el mundo con la que podía hablar de lo que había hecho. También era la única que me soltaría todas aquellas verdades que no quería escuchar. *Una cagada tras otra*.

—¿Podemos vernos?

—¿Qué ha pasado? —dijo preocupada. Me conocía muy bien. *Demasiado bien*.

—He llamado a Mery y... hemos discutido.

—En media hora estoy en tu casa. No hagas nada más, que nos conocemos, De la Vera.

Hice tiempo mientras Natalia llegaba a casa. Necesitaba distraerme con cualquier cosa. Revisé el correo electrónico del trabajo en busca del email que Tamara me había dicho que me enviaría. Lo que no había aclarado es que lo mandarían directamente desde la editorial. Al ver el remitente no sabía si gritar, reír, llorar o estampar el ordenador contra el suelo. *O todo al mismo tiempo*.

Me pasé ambas manos por el pelo. No podía ser verdad. Sabía que Mery trabajaba en una editorial, pero no que el universo era un *cabrón* vestido de casualidad que seguía tirando del hilo rojo que me unía a ella. *¿Conoces alguna forma de cortarlo?*

De: Meritxell Ferrer

Para: Agencia Domus Etereo

Buenas tardes,

Les escribo desde la editorial 'Cuarta Capa' con motivo de la campaña publicitaria que llevarán a cabo. Me gustaría presentarnos como una editorial seria, con prestigio y años de experiencia. Sin embargo, llevamos a cabo una tarea que se aleja de lo tradicional. Buscamos historias con encanto, aquellas que realmente no se publicarían en otra editorial, con ese '*je ne sais quoi*' que enamora.

Cerré el portátil y lo dejé a un lado en el sofá. Me levanté y volví a sentarme. No sabía que hacer, pero seguir leyéndola no era una opción. No era capaz de reconocerla en esas palabras. ¿Yo había cambiado tanto? Para nada. Seguía siendo ese crío que temblaba con sólo escuchar su nombre. Un miedo que disimulaba bajo el mantra: '*me da igual su vida*'.

Los treinta minutos que Natalia tardó en cruzar la puerta de mi apartamento fueron los más largos de toda mi vida. Un recuerdo más de que el tiempo solo pasaba rápido cuando tenía a Mery cerca. El *puñetero* elefante sin alas, en medio de la habitación, que perseguía el sueño de volar alto. El mismo que me recordaba, con cada paso que daba, que Mery no era alguien al que se pueda olvidar.

—¿Qué has hecho? —dijo Natalia, entrando por la puerta de mi casa con los brazos en jarra—. No podías estarte *quietecito*, ¿verdad?

No, no podía. Cabizbajo, la acompañé en silencio hasta el salón. Señalé el portátil y me dejé caer en el sofá. Me tapé la cara con ambas manos en un intento desesperado de poder desaparecer de la escena sin ser visto. Como *Joe Goldberg* con su gorra y pasando desapercibido por las calles de San Francisco. Más bien, como la maldita hada madrina de cenicienta. ¿*Sabes si venden los polvos de hada en Amazon?*

Natalia se sentó a mi lado y, con el portátil en su regazo, leyó el correo electrónico. Sonrió más para ella misma que para mí. *Cabróna.* Estaba disfrutando con todo esto. Lo peor es que no sabía si reír con ella o gritar al cielo, implorando misericordia. Tú y yo sabemos que no me la merecía. Y no hablo solo de la bendición de Dios.

—¿Casualidad? —pregunté en cuanto levantó los ojos del portátil.

—Ya sabes que no creo en esas cosas. Primero Antonio, luego esto... —dijo, señalando la pantalla, y añadió—. Entiendo que no quieras ver las señales, pero están ahí. ¿La llamaste antes o después de esto?

—Antes. Ya sabes que nunca he sabido manejar bien los tiempos.

Sabía que Natalia quería todos los detalles de lo que había pasado. Detalles que, sin duda, me costarían una buena reprimenda. *Y tenía razones suficientes para ello.* Me quedé mirando a la *nada*, como si fuese a encontrar la excusa que me salvara. *No la encontré.*

—¿Qué quieres saber? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Mmmm... ¿todo? Podrías empezar por el momento en el que decidiste que llamarla iba a ser una buena idea, por ejemplo —dijo con ese tono de madre que está a punto de echar la bronca del siglo.

Le conté todo, con los pormenores que sé que esperaba. Podría haberle descrito lo que Mery llevaba puesto el día que nos conocimos sin pensarlo demasiado. Había olvidado lo que desayuné aquella mañana, pero cuando se trataba de ella, todo parecía tener la claridad del momento presente.

Suspiré al terminar mi discurso. Natalia apretó los labios, negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Se avecinaba tormenta y yo estaba en medio del ojo del huracán. Me lo merecía. Era un gilipollas. Uno con traje y camisa. Guapete y con encanto, pero gilipollas al fin y al cabo.

—Así que aún recuerda la última conversación que tuvo conmigo —dijo, dolidamente—. ¿Sabes qué es lo peor, Alejandro? Que lo que le dije fue porque tú me pediste que hiciera lo imposible para que se olvidara de ti.

—Nata...

—Cállate —dijo levantando la mano, sin mirarme—. Sigues haciéndole daño. Seguimos haciéndole daño. Y lo que más me jode de todo esto es que el único que ha tenido el valor de dar un paso adelante ha sido Antonio.

—No me lo recuerdes —dije, cerrando los ojos con fuerza.

—¡Era mi amiga, Alejandro! Una amiga que apareció en mi vida como la novia de Antonio, y a la que acabé queriendo como a una hermana —hizo una pausa—. Y ahora me voy a casar y no la tengo a mi lado. Por tu culpa. ¡Por tu maldita culpa!

No podía discutirle ni una sola coma de todo lo que me estaba diciendo. Tenía toda la razón. Y motivos de sobra para estar cabreada. Había sido culpa mía. De principio a fin.

—La he cagado, ¿verdad?

—Por supuesto —afirmó sin pestañear—. La has cagado a lo grande, como siempre. Y me alegra verte jodido, porque es lo que te mereces. ¿Y sabes lo peor? Que yo siempre estuve de su lado. Sabía que se había enamorado de ti y que jamás intentó joder la amistad entre tú y el otro cabeza hueca —hizo una pausa para coger aire—. Pero claro, elegiste la amistad por encima de lo que te hacía feliz. ¿Sabes cómo se habría solucionado todo? Hablando con Antonio y poniendo las cartas sobre la mesa. ¡Eres un cobarde! Te has perdido cosas de ella por cobarde, por niño y por...

—¡Ya lo sé! Joder, Natalia, ¡ya lo sé! Me lo llevas repitiendo casi una década. ¿Qué quieres que haga ahora? Ella ya no quiere saber nada de mí.

—Y te lo mereces. Ojalá no sea tan tonta como para volver a caer en tus mentiras, porque sé que en cuanto la tengas delante el viernes vas a intentar reescribir una historia que tú mismo enterraste —dijo levantándose y cogiendo su bolso.

Ten amigos para esto. Estaba cabreado conmigo mismo. Muy en el fondo, necesitaba esa dosis de realidad venenosa que solo Natalia sabía ofrecer. Otra cosa era admitírselo. Pero

tampoco era necesario, porque ella sabía la verdad. Sabía todo lo que había pasado, a veces, incluso, sin necesidad de que yo dijese ni una sola palabra.

—¿Vas a decir algo que no sepa antes de marcharte? —dije entre dientes, sin poder mirarla a los ojos.

—La cagaste desde el primer minuto que la conociste, Alejandro —respondió, haciendo una pausa para ver mi reacción—. La cagaste porque decidiste ocultarnos lo que sentías y mentirte a ti mismo. Ahora asume las consecuencias.

La puerta de mi casa se cerró de un portazo detrás de ella. El silencio me dejó un vacío para el que no estaba preparado. Todo *—absolutamente todo—* lo que había dicho Natalia era verdad. Una verdad que, incluso en un susurro, hubiese sido un grito de guerra.

No sabría decirte exactamente lo que sentí cuando vi a Mery por primera vez. Solo supe que estaba jodido. Sabía que esa chica, con el pelo por debajo de los hombros y una mirada llena de vida, me arruinaría la existencia y pondría el universo de todos patas arriba. También comprendí al instante *—o al menos yo lo vi así—* que nunca sería para mí.

Fue hace ocho años. Yo estaba sentado en una de esas sillas frías de metal de la terraza del único bar del pueblo. Jugueteaba con el whisky seco *—barato no era, precisamente—*, que me había pedido al principio de la noche. Natalia y Julio contaban por enésima vez cómo se habían conocido. Marcos bebía su quinta jarra de cerveza. Y, a lo lejos, Antonio apareció con su nueva novia.

Nos había hablado mucho de ella, pero no habíamos visto fotos. Nos burlábamos de él diciéndole que seguramente fuese la chica más fea con la que se había liado. Ya lo decía mi padre: *niño, no escupas al cielo que te puede caer en la cara*. En toda la frente. Decía que se llamaba Meritxell, pero...todo el mundo la llamaba Mery.

Antonio llevaba la camiseta de nuestra peña, *‘Jack Sparrow & CO-cique’*. Un guiño a nuestras películas favoritas de la adolescencia. Y *—¡cómo no!—* a una de nuestras bebidas predilectas. Era de un verde fosforito que, si no hubiese sido por lo acostumbrados que estábamos, nos hubiese cegado. Ella no llevaba la camiseta, pero Antonio tuvo la gallardía de dejarla ese dichoso sombrero verde de paja, típico de las fiestas de pueblo *—o de despedidas de soltero cutres y horteras—*, más feo que pegar a un padre.

Mery lo llevaba con orgullo. Con el mismo orgullo con el que sujetaba la mano a Antonio. Él hizo las presentaciones oportunas. A Natalia le cayó genial desde el primer momento. Era imposible que Mery desagradase a alguien. Sonrisa de niña buena y una inocencia que pocos tenían a los veinte años. Cuando llegó mi turno y se acercó a darme dos besos, me aparté. Ya apuntaba maneras..., pero esa vez fue diferente:

—A mí no me vas a saludar con esa cosa fea en la cabeza, señorita —dije, sonriéndole de lado, con picardía.

Esa fue la primera vez que la llamé *señorita*. La primera de muchas. Un apodo que hice más suyo que mío. Ella ladeó la cabeza, divertida, sin dejar de sonreír. Me puse tan nervioso que le cogí el sombrero y me lo puse. Antonio negó con la cabeza y le dijo algo

al oído que no llegué a escuchar, pero que hizo que Mery se riera. Entonces supe que estaba perdido. *Y que la iba a arrastrar conmigo fuera como fuese.*

—¿Me devuelves mi sombrero? —dijo, tendiéndome la mano.

—Primero tendrás que ganártelo —respondí, alzando una ceja mientras me lo encajaba mejor en la cabeza.

Salí corriendo entre las mesas del bar. No sé lo que pretendía, pero funcionó. Mery dudó unos segundos, pero enseguida entró en el juego. Ninguno de los dos tenía escapatoria. Aunque aún no lo supiésemos. Nos pasamos toda la noche persiguiéndonos como niños pequeños. Mery me quitaba el sombrero y yo se lo quitaba a ella. Un juego inocente que, para mí, no lo era tanto.

—Vale, vale, me rindo —dijo detrás de mí, jadeando, con las mejillas teñidas de rojo.

Me giré muy despacio, aún con el estúpido sombrero en la cabeza. Yo también jadeaba. No sabía si era el cansancio físico de correr tras ella o el agotamiento emocional que sentía cada vez que Mery me sonreía. *Me decantaba por la segunda opción.*

—¿Tan pronto? Está bien, señorita —dije devolviéndoselo—. Pero nunca te rindas.

Y ambos sabíamos que no me refería sólo al sombrero. Mery se lo puso en la cabeza, con una sonrisa triunfal en los labios. Se acercó a mí y me dio un beso...en la mejilla.

Estaba jodido.